

## «NADA VIENE DE LA NADA»

Hugo McCord

¿Tiene la lluvia padre?  
¿O quién engendró las gotas del rocío?  
¿De qué vientre salió el hielo?  
Y la escarcha del cielo, ¿quién la engendró?  
(Job 38.28–29).

La más clara de todas las razones para la existencia de la Deidad es el hecho de que todo efecto debe tener una causa, lo cual lógicamente nos lleva a una Causa Primera.<sup>1</sup>

### FORMULACIÓN DEL ARGUMENTO

El filósofo griego Platón citó tres razones para creer en «los dioses», pero la que puso «en primer lugar» fue la existencia misma de «la Tierra, el Sol, las estrellas y el universo». «Los dioses», según Platón, «producen el Sol, la Luna y las estrellas».<sup>2</sup> Cuando Joseph Addison le ponía música al Salmo 19, él podía oír a todos los cuerpos celestes «expresar con gloriosa voz»:

Para siempre cantan al brillar.  
Divina es la mano que nos hizo.<sup>3</sup>

¿De qué está hecha la Luna? El 2 de julio de 1969, los astronautas estadounidenses Neil Armstrong y Edwin Aldrin recogieron 22 kilogramos de muestras lunares que se componían de 1) roca ígnea de grano fino, 2) roca ígnea de grano medio, 3) brecha (conglomerado de piedras angulosas) y 4) partículas (materiales más pequeños). Un análisis de estas muestras reveló la presencia de dieciséis elementos terrestres, entre los que se incluían principalmente titanio, silicio, aluminio, hierro, magnesio, calcio, sodio y potasio. La Luna está hecha de materia real, materia que no difiere en gran manera de la que compone el planeta en que vivimos. La razón dicta que la materia no se originó por casualidad. De la nada no viene nada.

Para las personas que razonan, la solidez de las piedras lunares, sobre las cuales alunizó el *Eagle* en el Mar de la Tranquilidad, significa que tienen

existencia real, y lo real exige una causa. Si la Luna consiste en materia real, tal como la de las piedras que podrían encontrarse sobre un sitio sólido para el alunizaje, y que podrían traerse a la Tierra, entonces es necesario suponer la existencia de un hacedor de materia lunar. Las muestras que los astronautas obtuvieron, no constituyen testimonio de la manera ni de los motivos por los cuales el hacedor de la Luna llegó a existir. A menos que uno suponga una infinidad de hacedores, uno se ve obligado a decir que en algún punto hubo un hacedor que no fue hecho. Por lo tanto, la razón exige la existencia de un Hacedor que no fue hecho.

Si el Hacedor no fue hecho, Él debió haber existido siempre, lo que significa que es eterno —y significa también que si la facultad para ser Hacedor no le fue dada, Él debe ser independiente y autosuficiente. Todo parece indicar, pues, que la existencia misma de la Luna declara la existencia de un Hacedor eterno e independiente.

Muchas personas han considerado objetos tales como la Luna como parte de la casa que es la naturaleza. Razonan que, así como toda casa es hecha por alguno, el que hizo todas las cosas es Dios (vea Hebreos 3.4). Uno no tiene que ver al Hacedor para saber que estuvo allí, pues Su obra da a conocer Su existencia. La creación del mundo, de la casa que es la naturaleza, es entendida «por medio de las cosas hechas», y esto deja a los incrédulos sin razones ni excusas (Romanos 1.19–20).

La existencia de la Luna no sólo apunta a un hacedor necesario, sino que también su desplazamiento por el espacio indica un motor necesario. A menos que uno abogue por una serie infinita de motores, entonces hubo un motor que no tuvo necesidad de ayuda para iniciar el movimiento. Tal motor era autosuficiente en su capacidad para mover las cosas. Además, a menos que su poder para iniciar movimiento partiera de la nada,

entonces es un motor eterno. La lógica no señala cuántos de tales motores autosuficientes existen, pero sí apunta a por lo menos uno. Por otro lado, la aparente unidad del universo indica que *sólo* hubo uno. «El mundo rehúsa ser gobernado mal; “malo es el gobierno de muchos; es mejor que sólo haya uno”». <sup>4</sup>

### NEGACIÓN DEL ARGUMENTO

A pesar de lo convincente que es el antiguo principio que dice que «nada viene de la nada» —principio que nos lleva a la creación de la Tierra y del hombre— hay algunos eruditos que prefieren decir que no hubo nada que creara la Tierra y el hombre. El profesor Fred Hoyle, físico y miembro del consejo del Saint John’s College, en Cambridge, afirmó con toda naturalidad que la madre del universo (el gas hidrógeno) halla su origen en la nada, y llama a esto emergentismo eterno. <sup>5</sup> Otro filósofo de gran erudición, Arthur Schopenhauer (1788–1860), dijo que el universo está perpetuamente siendo creado por una «Voluntad ciega», <sup>6</sup> y Henri Bergson (1859–1941) habló de la evolución creativa que es llevada a cabo por una «Inteligencia inconsciente». <sup>7</sup> Esta última frase es tan contradictoria como la de «Insensatez consciente»; cuyo uso demuestra cuán lejos llegan los hombres cuando rehúsan dar cabida a Dios en sus pensamientos.

El filósofo escocés David Hume (1711–76) hizo todo lo posible por debilitar el axioma «nada viene de la nada». Como era ateo, Hume estaba perfectamente consciente de la solidez del axioma; este le aguijoneaba, puesto que demuestra que el universo tuvo una causa. Por lo tanto, lo denunció como «ese principio impío de la filosofía antigua», afirmando que tal razonamiento obliga a creer que «cualquier cosa puede parecer capaz de producir cualquier otra» —cualquier cosa «que pueda la más caprichosa imaginación vislumbrar». <sup>8</sup> No obstante, en ciertos momentos Hume fue más razonable, pues dijo: «Y así, todas las ciencias casi nos llevan, sin que nosotros reparemos en ello, al reconocimiento de un primer Autor inteligente». <sup>9</sup>

El profesor James Beattie, del Marischal College, Aberdeen, en un escrito de 1770, para rebatir el razonamiento de Hume, expresó lo siguiente: «Por lo tanto, reiteramos que este axioma [todo lo que comienza a existir procede de alguna causa] es uno de los principios del sentido común, que toda mente racional reconoce y debe reconocer como verdadero; no porque pueda ser probado, sino porque la ley de la naturaleza nos obliga a creerlo sin prueba, y a considerar su contrario como un

perfecto absurdo, que es además imposible e inconcebible». <sup>10</sup> Aun después del más empeñado esfuerzo de parte de un crítico, resulta claro que, se trate de una casa pequeña hecha por el hombre, o de la casa de la naturaleza, tal casa tuvo un hacedor.

David Hume es también famoso por la distinción que él hace entre lo que la razón pura puede hacer y lo que la experiencia demuestra. Cuando una bola choca con otra, la bola que fue golpeada se pone en movimiento. Hume afirmaba que si Adán jamás hubiera visto que tal cosa sucedió, él no podía afirmar, por la vía de la razón únicamente, que la causalidad es la única explicación. Hume estaba empeñado en demostrar que había una falacia en la declaración en el sentido de que todo lo que comienza a existir procede de alguna causa.

Hume decía: «La mente puede siempre concebir que un efecto cualquiera se siga de una causa cualquiera, y también que cualquier evento se siga de otro; todo lo que concebimos es posible, al menos en un sentido metafísico». <sup>11</sup> Dijo además: «Por consiguiente, la separación de la idea de una causa de la de una existencia que comienza es claramente posible para la imaginación». <sup>12</sup>

Teóricamente, es posible imaginar la bola que recibió el golpe, en el momento del impacto, moviéndose por sí sola, sin que se esté ejerciendo fuerza por parte de la primera bola; pero tal imaginación carece de sentido. Del mismo modo, teóricamente, uno puede imaginarse que el universo no tiene causa, pero la idea no tiene sentido. El argumento técnico de Hume es un sinsentido, y sólo sirve para probar la solidez del argumento causal para la existencia de Dios. Su razonamiento constituye un ejemplo de la vida real de lo que Pablo advirtió cuando escribió: «Mirad que nadie os engañe por medio de filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo» (Colosenses 2.8).

La misma clase de lógica que no permitiría una prueba de la existencia de Dios porque su no existencia es concebible, ¡también impediría para siempre que uno pruebe la no existencia de Dios, pues Su existencia es concebible! Por lo tanto, este razonamiento constituye un punto muerto. La única solución es volver a la ley de la causa y el efecto. Esta ley es «el fundamento del razonamiento moral, que constituye la mayor parte del conocimiento humano, y es la fuente de toda acción y comportamiento del ser humano». <sup>13</sup> Así, después de todo lo que una mente intelectual, analítica y parcializada pudo hacer, el argumento causal para la existencia de Dios se mantiene intacto.

Platón habló del primer motor. Enumeró nueve clases de movimiento contingente antes de llegar al movimiento espontáneo, que alabó diciendo que es «diez mil veces superior a todos los demás», porque, al «moverse por sí mismo», debe ser «el origen de todo movimiento».<sup>14</sup>

Aunque haya «miles y decenas de miles de cuerpos» poniéndose en movimiento después del primero, Platón sostenía que era necesario un «principio que se mueve por sí mismo» como «el que da comienzo a todo» movimiento. Demostró que no es lógico sostener una regresión infinita de motores. (Es decir, cuando uno echa su mirada sobre el horizonte de motores, al final encuentra algo que tuvo que moverse primero, sin haber sido movido por otro.) Aristóteles repitió la misma lógica, demostrando que el primer motor debe ser eterno. «Si no hay nada eterno, entonces no se puede llegar a ser; pues debe haber algo que sufre el proceso de llegar a ser, es decir, algo a partir de lo cual las cosas llegan a ser; y el último miembro de esta serie debe ser uno que no es generado por otro, pues la serie debe tener un comienzo, puesto que nada puede venir de la nada».<sup>15</sup>

Después que Hume escribió prolíficamente sobre su argumento, del cual afirmó ser el «inventor»,<sup>16</sup> más adelante pareció revertir su posición. Escribió:

Si vemos una casa, [...] concluimos, con la mayor certeza que tuvo un arquitecto o constructor; [...] Pero, sin duda alguna, no te atreverás a afirmar que el universo encierra una semejanza tal con una casa, que nos permita inferir con la misma seguridad la existencia de una causa similar; y tampoco te atreverías a afirmar que, en este caso, la analogía es absoluta y perfecta. La desemejanza entre una casa y el universo es tan abrumadora, que lo único que podrías pretender sería, quizá, la conjetura, o la vaga suposición de que las causas de esas dos realidades se parecen en algo [...]<sup>17</sup>

No obstante, matizó su cambio de rumbo diciendo que uno no puede decir que «tal Ser necesariamente existe». Si uno admite «la existencia de un Ser que es suficiente para servir de causa de todos los posibles efectos», entonces eso es todo lo que el argumento causal alega. El filósofo alemán Immanuel Kant (1724–1804) coincidió en que el mundo surgió «de una causa necesaria y completamente suficiente», pero desdeñó hablar «de una existencia necesaria por sí sola».<sup>18</sup>

Si esa «causa necesaria y completamente suficiente» no es «una existencia necesaria por sí sola», entonces parece que debe ser derivada de alguna otra existencia que es «necesaria por sí sola». Así,

él estaba sencillamente posponiendo el día en que tendría que hacerle frente a «una existencia necesaria por sí sola». Por último, cuando degradó a ese Ser al nivel de un simple «principio regulador», uno se pregunta cómo pudo equipararse con «una causa necesaria y completamente suficiente».

Hume escribió: «Estamos a merced de una necesidad absoluta [...] la necesidad de pensar, creer y razonar en cuanto a toda clase de temas, e incluso la necesidad de asentir con certeza y seguridad».<sup>19</sup> Aunque Hume se consideró a sí mismo un «escéptico», él dijo que el ser esto era «el primero y más esencial paso para llegar a ser un cristiano bien fundado y convencido».<sup>20</sup> Es de lamentar que tan brillante pensador desperdiciara sus energías en disputas que, según él mismo dijo, «en el fondo son verbales, y que no dan cabida a ninguna determinación precisa».<sup>21</sup> Después de mucho ruido sobre un tema que relativamente no es importante, volvió a declarar al final que la religión pura es «el principal, el único gran consuelo en la vida; y nuestro principal sustento en medio de todos los ataques de la fortuna adversa. La más agradable reflexión que le es posible a la imaginación humana insinuar, es la del teísmo auténtico».<sup>22</sup> Que Hume estuviera escribiendo irónicamente, para estar en armonía con su escepticismo, no es algo que él indicara.

Lo que uno se puede imaginar (tal como que algo puede venir de la nada) no tiene sentido. Immanuel Kant siguió el razonamiento de Hume al no reconocer como válido el «hablar acerca de un Ser *absolutamente necesario*».<sup>23</sup>

Kant no pudo vivir con la falaz idea contenida en tal argumento, y más adelante —por «fe»<sup>24</sup>— se refirió al «Ser Original» como «Aquel» que es omnisciente, justo, todopoderoso, infinitamente bueno, eterno y omnipresente.<sup>25</sup>

Aparentemente, también Hume se retractó de su razonamiento frío y riguroso (irrebatible, pero poco práctico y falaz) e infirió, sin ninguna señal de ironía, «los atributos naturales de la Deidad»,<sup>26</sup> e incluso habló del «divino objeto de nuestra fe».<sup>27</sup>

Walter Kaufmann usó el mismo razonamiento riguroso que anteriormente emplearon Hume y Kant, al afirmar que el adjetivo «necesario» no puede modificar el sustantivo «ser», pues ello sería una «conjunción ilícita». No obstante, pasó por alto indicar que Hume más adelante describió tal razonamiento como «totalmente verbal»<sup>28</sup> y que Kant procedió a reconocer a Dios, algo que Kaufmann rehusó hacer.<sup>29</sup>

Kant también alegó que «el principio de cau-

salidad no tiene significación [...] excepto en el mundo de los sentidos»,<sup>30</sup> que es exactamente donde nos encontramos, y estamos invocando ese principio para dar cuenta del mundo de los sentidos. Esto fue lo que escribió: «Por lo tanto, todo el rigor concluyente del llamado argumento cosmológico reside en realidad en el argumento ontológico a partir de conceptos puros»,<sup>31</sup> porque uno tiene que hacer a un lado la experiencia para buscar «entre los conceptos puros» que «reúnen las condiciones de la posibilidad de un Ser absolutamente necesario».

En resumen, después que Kant se propuso exponer metódicamente «toda una serie» de suposiciones que según él estaban «ocultas en el argumento cosmológico», parece que terminó cambiando de parecer, pues dijo: «Puede que sea aceptable el *reconocimiento* de la existencia de un Ser completamente suficiente para servir de causa de todos los posibles efectos».<sup>32</sup>

## CONCLUSIÓN

La conclusión es que la existencia de la Luna es indicio de un Hacedor, y el movimiento de este satélite es indicio de un Motor. La lógica dicta que este Hacedor-Movedor debe ser independiente y eterno.

---

<sup>1</sup> A este razonamiento se le conoce normalmente como «el argumento cosmológico»; no obstante, su contenido exige que se le llame «el argumento causal». El significado de la palabra «cosmológico», relacionado con el orden, no guarda correspondencia con el argumento causal. La palabra «cosmológico» procede de *kosmeo*, que significa «organizar, poner en orden». La forma ordenada como está organizado el universo constituye un argumento válido de la existencia de Dios, pero este no es el argumento causal.

<sup>2</sup> Platón, *The Works of Plato (Las obras de Platón)*, Book X (Libro X), *Laws (Las Leyes)*, trad. B. Jowett (New York: Dial Press, n. d.), 453.

<sup>3</sup> Joseph Addison, “The Spacious Firmament on High” («El espacioso firmamento en las alturas»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1994).

<sup>4</sup> G. R. G. Mure, ed., *Aristotle* (New York: Oxford University Press, 1964), 173.

<sup>5</sup> James Oliver Buswell Jr., *A Systematic Theology of the Christian Religion (Teología sistemática de la religión cristiana)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan Publishing House, 1962), 1:82.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, 1:84.

<sup>7</sup> *Ibíd.*, 1:85.

<sup>8</sup> David Hume, “An Enquiry Concerning Human Understanding” («Investigación sobre el Entendimiento Humano»), en *Hume Selections (Selecciones de Hume)*, ed. Charles W. Hendel Jr. (New York.: Charles Scribner’s Sons, 1955), 191, 192n.

<sup>9</sup> Hume “The Dialogues Concerning Natural Religion” («Diálogos sobre la religión natural»), en *Selections (Selecciones)*, 385.

<sup>10</sup> James Beattie, *An Essay on the Nature and Immutability of Truth: in Opposition to Sophistry and Scepticism (Un ensayo sobre la naturaleza y la inmutabilidad de la verdad: en oposición al sofismo y al escepticismo)* (Edinburgh, Scotland: A. Kincaid and J. Bell, 1770), 111.

<sup>11</sup> David Hume, “An Abstract of a Treatise of Human Nature” («Un extracto de un tratado de la naturaleza humana»), en *An Enquiry Concerning Human Understanding (Investigación sobre el Entendimiento Humano)*, ed. Charles W. Hendel Jr. (Indianapolis: Liberal Arts Press Division of the Bobbs-Merrill Co., 1955), 188.

<sup>12</sup> Hume, “The Treatise of Human Nature” («Tratado de la naturaleza humana»), en *Selections (Selecciones)*, 29.

<sup>13</sup> Hume, “Enquiry” («Investigación»), 192.

<sup>14</sup> Platón, *Plato Selections (Selecciones de Platón)*, ed. Raphael Demos (New York: Charles Scribner’s Sons, 1927), 429–30.

<sup>15</sup> Aristóteles, *Metaphysics (Metafísica)*, citado en John Hick, ed., *Classical and Contemporary Readings in the Philosophy of Religion (Lecturas clásicas y contemporáneas sobre Filosofía de la Religión)* (Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall, 1965), 467.

<sup>16</sup> Hume, “Abstract” («Un extracto»), 198.

<sup>17</sup> Hume, “Dialogues” («Diálogos»), 304.

<sup>18</sup> Immanuel Kant, *Kant Selections (Selecciones de Kant)*, ed. Theodore Meyer Greene (New York: Charles Scribner’s Sons, 1957), 258.

<sup>19</sup> Hume, “Dialogues” («Diálogos»), 390n.

<sup>20</sup> *Ibíd.*, 401.

<sup>21</sup> *Ibíd.*, 390n.

<sup>22</sup> *Ibíd.*, 397.

<sup>23</sup> Immanuel Kant, “Critique of Pure Reason” («Crítica de la razón pura»), en *Kant Selections (Selecciones de Kant)*, ed. Theodore Meyer Greene (New York: Charles Scribner’s Sons, 1957), 244. (Énfasis suyo.)

<sup>24</sup> Immanuel Kant, “Critique of Judgement” («Crítica del juicio»), en *Kant Selections (Selecciones de Kant)*, ed. Theodore Meyer Greene (New York: Charles Scribner’s Sons, 1957), 525.

<sup>25</sup> *Ibíd.*, 509.

<sup>26</sup> Hume, “Dialogues” («Diálogos»), 390.

<sup>27</sup> *Ibíd.*, 401.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, 390n.

<sup>29</sup> Walter Kaufmann, *Critique of Religion and Philosophy (Crítica de religión y de filosofía)* (New York: Harper & Bros., 1958), 111.

<sup>30</sup> Kant, “Critique of Pure Reason” («Crítica de la razón pura»), 255.

<sup>31</sup> *Ibíd.*, 254. Vea comentario sobre el argumento cosmológico en la nota 1 de esta página. El argumento ontológico se relaciona con la cuestión de la existencia. Según el razonamiento de Anselmo de Canterbury, es imposible estar conciente de un Ser que no exista; por lo tanto, Dios existe.

<sup>32</sup> *Ibíd.*, 255. (Énfasis suyo.)

---

## NOTA DEL EDITOR

Las lecciones que comprende esta edición de *La Verdad para Hoy* presentan un estudio del Dios vivo y verdadero. Los estudios fueron seleccionados de entre los escritos disponibles de uno de nuestros más excelentes eruditos, Hugo McCord. Hemos elegido conferencias clave que él ha dado, y que abarcan las preguntas más importantes que se hacen acerca de Dios. Agradecemos la generosidad del hermano McCord al permitirnos usar este material.